

# Editorial

## 13

Una selva de antenas de telefonía cubrieron, de un día para otro, los tejados de un edificio situado junto a un colegio. He ahí un hecho. Incluso cuantificado: 60 antenas.

Unos niños, alumnos de ese colegio, enfermaron de cáncer. He ahí un segundo hecho, también cuantificado: fueron 4.

Y un hecho, este último, por lo demás, estadísticamente relevante: demasiados casos para la población de un solo colegio. –No hablaremos de la otra relevancia: la emocional, humana; el horror que la acompaña escapa a los cálculos de la ciencia: no es matematizable. Y es de la ciencia, precisamente, de lo que queremos hablar.

De la ciencia de ahora mismo, de la del siglo veintiuno. De esa que ha afirmado que no hay relación entre el hecho 1 –las 60 antenas– y el hecho 2 –los 4 niños enfermos. Que tal relación no existe pues no puede ser demostrada. Y sólo lo demostrable científicamente forma parte de la realidad de la ciencia. De manera que lo que no puede demostrarse –de acuerdo con esos estrictos parámetros experimentales que son los de la ciencia–, sencillamente, no existe.

Desde luego, si los viejos usos positivistas de la ciencia decimonónica siguieran en vigencia, podría decirse que a pesar de todo los dos hechos permanecen ahí, contumaces, brutales como lo real mismo, y que mientras que no se descubra otra posible causa para el segundo, el primero seguirá coexistiendo inquietantemente con él, invitando a ser interpretado como su agente causal.

No hace falta, desde luego, para contemplar la posibilidad de esa relación, apelar al positivismo. Basta, sin más, con el sentido común. Y fue de esa índole el criterio que llevó a un juez a fallar la retirada de las antenas. Mas, sin embargo...

Sin embargo el actual mundo de la ciencia es uno que ha acusado ya la desaparición final, definitiva, tanto del positivismo como del sentido común. Y así los hechos se extinguen ante la preponderancia de los discursos que los manejan, los gestionan, los dotan de carta de naturaleza o los disuelven en el vacío de lo no demostrado.

Solo lo científicamente probado, es decir, lo experimentalmente demostrable –y en suma, finalmente: lo medible–, existe en el mundo del discurso de la ciencia. Los hechos han periclitado como hechos, sólo pueden existir como medidas. Desaparecen, en suma, como lo que siempre fueron: incógnitas.

¿El discurso de la ciencia? Desde luego: pero en la misma medida en que, en tanto fenómeno institucional, vuelve su espalda a la aventura creativa del científico –pues en ésta sólo las incógnitas importan después de todo: sólo a ellas se liga la pasión de esa forma de creador y aventurero que es el auténtico científico. Hablamos del discurso institucional de la ciencia contemporánea allí donde se encuentra hasta fundirse con el discurso del capital: el uno como el otro, indeterminables sus confines respectivos, hace de la medida y de lo medible la única referencia de realidad. Convergencia en un vértice de abstracción –pues nada hay, después de todo, tan abstracto como los números– en el que la realidad de los hombres amenaza con disolverse.

Hablamos pues del discurso institucional de la ciencia, finalmente indiferenciable de ese discurso del capital que es el que reina, también, en los llamados medios de comunicación de masas. No especulamos: hablamos de esos medios de comunicación –algunos de ellos tan autoproclamadamente progresistas como vinculados a las grandes empresas de telefonía– que apelaron a la ciencia para excluir de la realidad algunos hechos enojosos. Hasta el punto de convertir lo que no estaba científicamente demostrado en inexistente. Y por cierto que, en buena medida, lo lograron: aún hoy todavía son muchos los que no saben que, a pesar de todo, un juez dictaminó, de acuerdo con el más rancio positivismo –o con el más elemental sentido común–, la retirada de las malhadadas antenas.

Así, por si acaso, las antenas fueron retiradas. Aun cuando ese por si acaso sólo pueda ser medido negativamente: en términos de disminución de beneficios empresariales.

Y, desde entonces, el silencio. Los llamados grandes medios de comunicación de masas, esos mismos que proclamaron lo que no existía porque no estaba demostrado, han olvidado preguntar lo obvio: ¿qué es, entonces, lo que existe en su lugar? Si no hay relación entre aquellos cánceres y esas antenas, ¿con qué están en relación esos cánceres? Excelente pregunta sería esta para, con la mejor justificación práctica, alentar el desarrollo de la ciencia teórica. Pero casa mal con los usos, siempre aplicados –inmediatamente medibles, en términos de capital–, del discurso institucional de la ciencia. Y sobre todo: plantear esa pregunta, en ausencia de respuesta disponible, sería tanto como reintroducir la duda sobre esa otra relación, la primera. Y los beneficios empresariales, entonces...